

*Contextos romano-republicanos de Cerro Macareno (La Rinconada, Sevilla): avance de la campaña de 2018*

*Romano-republican assemblages of Cerro Macareno (La Rinconada, Sevilla): update on the 2018 campaign*

FRANCISCO JOSÉ GARCÍA FERNÁNDEZ

Universidad de Sevilla (fjgf@us.es)

ANTONIO M. SÁEZ ROMERO

Universidad de Sevilla (asaesz1@us.es)

PEDRO M. ALBUQUERQUE

Universidad de Sevilla

EDUARDO FERRER ALBELDA

Universidad de Sevilla (eferrer@use.es)

LIVIA GUILLÉN RODRÍGUEZ

Universidad de Sevilla

**Resumen:** Cerro Macareno es un tell protohistórico situado junto a un antiguo brazo navegable del Guadalquivir, aguas arriba de Sevilla. Se conoce principalmente por las excavaciones de salvamento llevadas a cabo en los años setenta, debido a la destrucción a la que estaba sometido por la explotación de una cantera de áridos. Estos trabajos sacaron a la luz un área industrial de inicios de la II Edad del Hierro y permitieron definir la secuencia de ocupación del antiguo asentamiento, que arranca en torno al siglo VIII a. C. y finaliza en los primeros compases de la romanización, a finales del siglo II a. C. Cuarenta años después de las últimas excavaciones, la Universidad de Sevilla ha retomado en el año 2017 el estudio de este singular yacimiento a través de un proyecto de investigación. Se ha puesto especial énfasis en las etapas de transición, entre ellas la fase romano-republicana, uno de los momentos peor conocidos en la región desde el punto de vista arqueológico. Por lo que respecta a esta última, la campaña de excavaciones realizada en 2018 permitió documentar niveles amplios y relativamente poco alterados a escasa profundidad, lo que brindaba la oportunidad de estudiar en extensión contextos domésticos en un momento en el que la cultura turdetana se encontraba en pleno proceso de transformación de las estructuras socioeconómicas y de las formas de vida, antes de los grandes cambios que se producirán durante siglo I a. C.

**Palabras Clave:** Turdetania; Bajo Guadalquivir; romanización; cerámica; contextos domésticos.

**Abstract:** Cerro Macareno is a protohistoric tell located next to an ancient navigable branch of the Guadalquivir, upstream from Seville. It is mainly known from the salvage excavations carried out in the 1970s, due to the destruction to which it was subjected by the exploitation of an aggregate quarry. These works brought to light an industrial area dating from the beginning of the 2nd Iron Age and made it possible to define the sequence of occupation of the ancient settlement, which began around the 8th century BC and ended in the early stages of Romanisation, at the end of the 2nd century BC. Forty years after the last excavations, in 2017 the University of Seville has resumed the study of this unique site through a research project. Special emphasis has been placed on the transitional stages, including the Roman-Republican phase, one of the worst-known periods in the region from an archaeological point of view. With regard to the latter, the excavation campaign carried out in 2018 allowed to document extensive and relatively undisturbed levels at shallow depths, which provided the opportunity to study domestic contexts at a time when the Turdetanian culture was in the midst of a process of transformation of socio-economic structures and ways of life, prior to the major changes that would take place during the 1st century BC.

**Key Words:** Turdetania; Lower Guadalquivir valley; Romanization; pottery; domestic contexts.

Cerro Macareno, un viejo conocido en la investigación protohistórica del sur de la península ibérica (véase García y Del Espino 2019), se sitúa en el fondo del antiguo estuario del Guadalquivir, junto a un brazo

navegable del mismo y en el centro de una densa red urbana de la que también formaban parte otros importantes establecimientos fluviales como Coria del Río (la antigua *Caura*), Sevilla (*Spal*) o Alcalá del Río (*Ilipa*

*Magna*) (Fig. 1). Fue excavado por primera vez a mediados de la década de los setenta, algunos años después de su descubrimiento, debido a la destrucción a la que estaba siendo sometido con motivo de su explotación como cantera de áridos. De hecho, los arqueólogos se encontraron en este momento el primitivo tell reducido a una cuarta parte de su extensión original y dividido en dos mitades, una de las cuales ya había sido parcialmente rebajada varios metros, dejando a la vista los niveles de los siglos V y IV a. C. Los resultados de las dos campañas de salvamento, realizadas en 1974 y 1976 por varios equipos de distintas instituciones, fueron desigualmente publicados, quedando algunos cortes inéditos (Martín de la Cruz 1976; Fernández Gómez *et alii* 1979; Pellicer *et alii* 1983; Ruiz Mata y Córdoba 1999; Ruiz Mata y Vallejo 2002).

A pesar de que estos trabajos contribuyeron al cierre de la gravera y al cese de las labores extractivas, el yacimiento ha estado abandonado durante décadas, sin que continuaran las investigaciones más allá del estudio de algunos de los materiales exhumados en las campañas anteriores, especialmente las cerámicas. Actualmente subsisten los dos cerros testigos dejados por las máquinas excavadoras, que suman entre ellos casi 2 ha de extensión (Fig. 1), y algunas concentraciones puntuales de materiales en su entorno procedentes probablemente de los mismos movimientos de tierra (Jiménez Sancho 2010). La elevación más occidental y próxima al antiguo brazo del Guadalquivir que bordeaba el asentamiento solo conserva, como se ha dicho, los niveles inferiores de la estratigrafía, y se ha interpretado como un sector industrial relacionado con la actividad portuaria (Fernández Gómez *et alii* 1979: 74-75). La elevación oriental, por su parte, mantiene inalterada su secuencia, correspondiente en este caso a la parte central del tell original, donde se situaría con toda probabilidad la zona de hábitat. Es en este sector donde M. Pellicer Catalán excavó el famoso corte V-20, que permitió registrar las distintas fases de ocupación del *oppidum* (desde sus inicios a finales del siglo VIII a. C. hasta su definitiva interrupción en torno al año 100 a. C.), convirtiéndose de este modo en la estratigrafía de referencia para el Bajo Guadalquivir prerromano. También facilitó el estudio de las producciones cerámicas locales y su evolución a lo largo de la Edad del Hierro, tanto a nivel tipológico (Pellicer Catalán 1978; 1982; Pellicer *et alii* 1983) como tecnológico y composicional (entre otros, González García *et alii* 1985).

Los niveles superiores de la secuencia, que abarcan desde fines del siglo III hasta fines del II o inicios del I a. C. (Pellicer *et alii* 1983: 108), revisten de especial interés, no solo por pertenecer a una etapa clave para la historia de la región, en la que se suceden la ocupación bárbara, la II Guerra Púnica, la conquista romana y las consecuentes transformaciones en las comunidades locales, sino por mantenerse prácticamente intactos y a poca profundidad. En efecto, el abandono del *oppidum* algunas décadas antes de las profundas transformaciones que se suceden en los centros urbanos de la Bética a finales de la República; la escasa entidad de las posibles ocupaciones posteriores, que apenas dejaron huella en este sector del yacimiento; y el reducido impacto de los procesos postdeposicionales sobre el sustrato arqueológico, han contribuido a una relativamente buena conservación de estos estratos, solo alterados por la acción del arado y el arranque de los olivos que ocupaban todo el cerro hasta su puesta en explotación como cantera en los años sesenta. A pesar de las lagunas dejadas por estos últimos en el registro superficial, no cabe duda de que la accesibilidad, extensión y continuidad de los contextos de finales de la Edad del Hierro e inicios de la ocupación romana conservados en Cerro Macareno constituyen una excepción en el contexto regional del Bajo Guadalquivir, donde estos niveles suelen encontrarse muy afectados por las construcciones de época altoimperial y sepultados bajo metros de depósitos generados por siglos de vida urbana ininterrumpida.

En 2017 se reemprendieron las investigaciones por parte de la Universidad de Sevilla mediante una intervención puntual de diagnóstico que incluía una prospección superficial y un nuevo levantamiento planimétrico del yacimiento, una prospección geofísica de las dos elevaciones principales subsistentes y una limpieza de perfiles, acompañada del registro de las estructuras emergentes visibles, en algunos de los frentes dejados a la vista por la antigua cantera (García Fernández 2020; García Fernández *et alii* 2020). Además de actualizar y ampliar nuestros conocimientos sobre Cerro Macareno, en lo que se refiere a su secuencia de ocupación, la organización del hábitat, las técnicas y dinámicas constructivas o el estado de conservación de los diferentes sectores que lo componen, la primera campaña permitió valorar las posibilidades de estudio, protección y dinamización futuras de este emblemático yacimiento, sirviendo de base para elaboración del informe técnico para su incoación como Bien de Interés Cultural y el diseño de un proyecto de investigación sistemático a largo plazo.



**Figura 1.** Ubicación de Cerro Macareno en el contexto del poblamiento protohistórico del Bajo Guadalquivir (arriba) e imagen aérea del yacimiento (abajo), a partir de la Ortofotografía Básica Color de Andalucía 2010-2011 (<<http://www.ideandalucia.es/wms/ortofoto2010>>).

## 1. PROYECTO CERRO MACARENO (2018-2023): OBJETIVOS Y ÁREAS DE INTERVENCIÓN

El proyecto “Cerro Macareno (La Rinconada, Sevilla): arqueología y patrimonio en la vega del Guadalquivir” se concibe como un plan integral de intervención que abarca de forma transversal el estudio arqueológico, la protección, conservación y valorización patrimonial de este yacimiento a través del desarrollo de distintas estrategias (véase García y Rodríguez 2019). Entre sus objetivos científicos se encuentran: determinar las fases de ocupación conservadas en las dos elevaciones subsistentes y su relación con la secuencia cultural del Bajo Guadalquivir protohistórico; conocer los rasgos urbanos del antiguo *oppidum*, sus áreas funcionales y elementos definidores, incluyendo los aspectos arquitectónicos y constructivos; y definir los contextos materiales y sus implicaciones económicas, sociales y culturales en relación con los procesos que se suceden en la región a lo largo de la Edad del Hierro y la posterior conquista romana. Se trata, en definitiva, de estudiar los orígenes del urbanismo y el modo de vida urbano en el Bajo Guadalquivir.

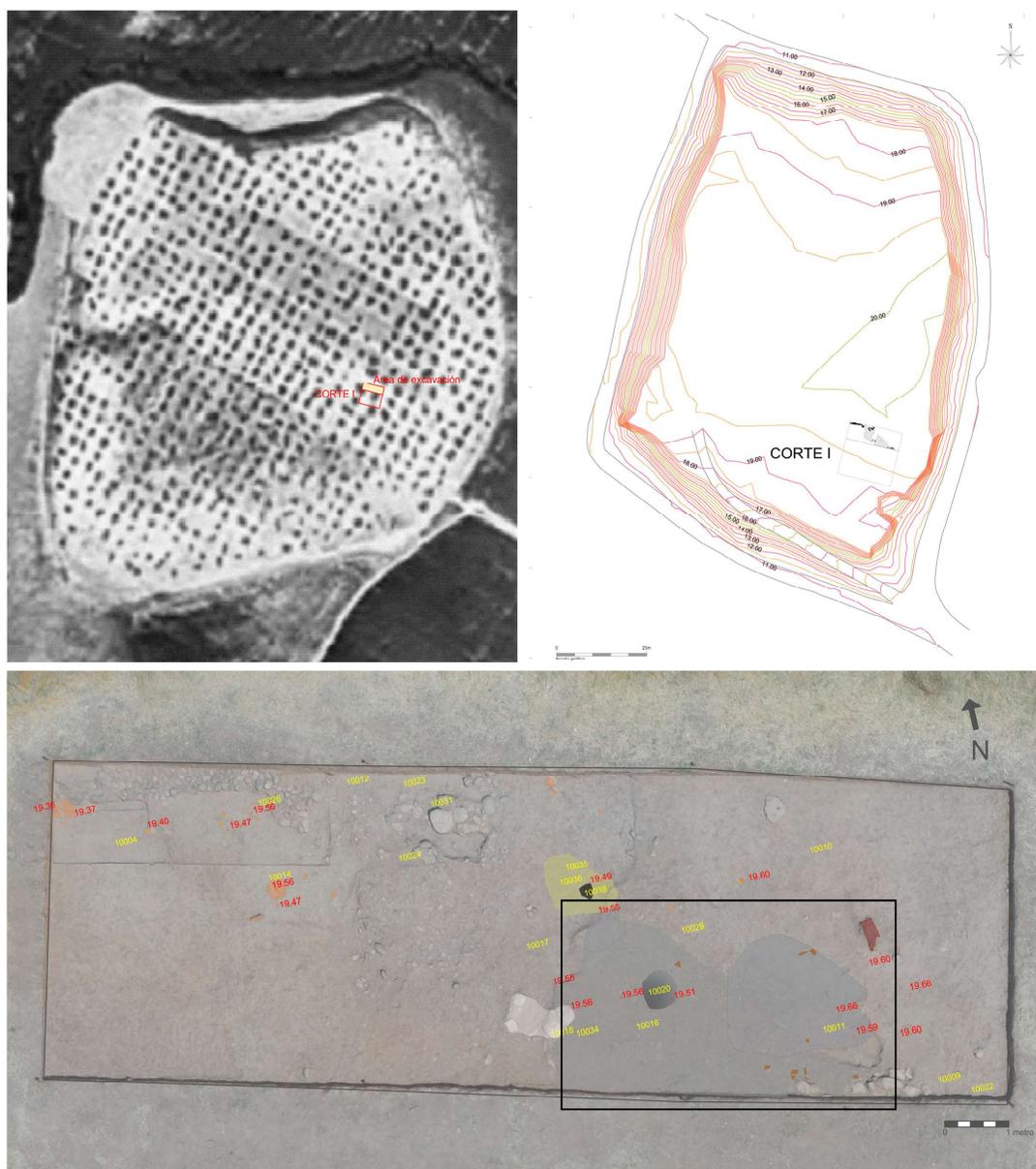
Para ello se ha planteado una metodología mixta que combina la prospección geofísica, la excavación en extensión, la limpieza y registro de los perfiles conservados en los bordes de ambas elevaciones, donde se encuentra consignada la secuencia de ocupación, además del estudio de los materiales procedentes de las excavaciones antiguas. Por lo que respecta a la excavación propiamente dicha, el proyecto prevé la realización de una serie de cortes en los puntos donde la prospección geofísica realizada en 2017 ofreció evidencias más claras de estructuras, tanto en la elevación occidental, donde supuestamente se conservan aún restos del sector industrial documentado en 1974 y fechado a inicios de la II Edad del Hierro (Fernández Gómez *et alii* 1979), como en la oriental, con el fin de documentar la última fase de ocupación de este emporio fluvial, correspondientes ya a los primeros momentos de la presencia romana (Pellicer *et alii* 1983: 108).

## 2. CORTE 1 (CAMPAÑA DE 2018): PLANTEAMIENTO DE LA EXCAVACIÓN Y FASES IDENTIFICADAS

En concreto, la primera campaña se ha centrado en las labores de limpieza superficial del yacimiento, la realización de un primer levantamiento fotogramétrico

y el inicio de la excavación en extensión de la elevación oriental. Esta tenía por objeto, como se ha dicho, registrar y caracterizar estructuras y contextos amplios de época romano-republicana, valorar el estado de conservación de esos niveles y confirmar o descartar la existencia de ocupaciones posteriores al supuesto abandono del *oppidum* protohistórico en el tránsito al siglo I a. C. Para ello se seleccionó el área que ofrecía mayor potencial informativo, tanto por su cota y posición central con respecto a la topografía original del cerro como por su proximidad a las estratigrafías de referencia (Fig. 2: arriba). Así pues, planteamos inicialmente un corte rectangular de 15 x 15 m (225 m<sup>2</sup>) y orientación ONO-ESE, situado a unos 3 m al norte del corte V-20 de 1976 y a menos de 10 m del borde este de la elevación, justo en el punto donde se obtuvo una de las principales secuencias durante la limpieza de perfiles realizada en la campaña de 2017 (García Fernández *et alii* 2020). Dada la rápida aparición de los primeros elementos constructivos a una escasa profundidad (entre 30 y 40 cm) y los problemas de lectura e interpretación causados por las afecciones superficiales -sobre todo el arranque de los olivos que poblaban el cerro hasta su puesta en explotación como cantera-, se decidió finalmente centrar los esfuerzos de la campaña en el tercio norte del corte 1, reduciendo el área de intervención a 75 m<sup>2</sup>. Los trabajos se extendieron durante cuatro semanas, a lo largo de las cuales se pudieron registrar una serie de estructuras y niveles de uso correspondientes a la última fase de ocupación del *oppidum* protohistórico, así como algunos materiales de cronología posterior.

En efecto, la campaña de 2018 ha permitido documentar dos fases constructivas (1B y 1A) que se suceden en la segunda mitad o último tercio del siglo II a. C. (Fig. 2: abajo). La primera está formada por sendos muros y los restos de un enchachado de cantos rodados que parecen dibujar una estructura que se sitúa en torno a un espacio abierto de funcionalidad aparentemente doméstica. En la segunda se yuxtaponen niveles de circulación de tierra y nuevos pavimentos de cantos rodados que amortizan a los anteriores y que parecen asociados, en este caso, a un espacio doméstico y productivo relacionado con la manufactura de vidrio, como se desprende de los restos de un posible crisol y de la escoria de vidrio presente en sus depósitos de uso y amortización. Ambas mantienen la misma orientación E-O que se aprecia en los muros de la fase 1B, expoliados o reutilizados en esta segunda fase, y que parece coincidir también con la orientación de las estructuras



**Figura 2.** Arriba: ubicación del corte 1 sobre la imagen aérea del yacimiento previa a su destrucción, a partir de la Ortofoto de Andalucía 1956-57 (Vuelo General de España de 1956), y ubicación del corte 1 en relación con la actual topografía de la elevación occidental, a partir del nuevo levantamiento realizado en la campaña de 2017 (J. García Cerezo). Abajo: planta general del área excavada en la campaña 2018 con indicación de las UE y del área donde se sitúa el contexto estudiado.

documentadas en el corte V-20, situadas a escasos 15 metros y con similares características constructivas. La abundancia de materiales (cerámicas de distintos tipos, metales y huesos, sobre todo) ha permitido estudiar los niveles de uso asociados a estas estructuras, su abandono y amortización, identificando contextos domésticos que conviven con los productivos en los mismos espacios.

Asimismo, la aparición de cerámica y restos constructivos de cronología tardoantigua y plenomedieval en los niveles superficiales, totalmente ausentes en el resto de unidades, demuestra que el yacimiento contó con una intensa actividad en esos dos periodos, dejando residuos que el arado ha ido arrastrando y mezclando con los materiales más antiguos. A pesar de ello, no se han identificado estructuras, depósitos o huellas de uso sobre

los niveles romano-republicanos, por lo que cabe pensar en dos posibilidades: o bien los niveles constructivos de estos periodos eran muy someras y poco consistentes, siendo destruidos por la acción del arado, o bien, como parece más probable, se concentrarían en otro sector del yacimiento, ya sea en la parte conservada, ya en la desmantelada en los años setenta. En todo caso se trata de dos fases totalmente desconocidas por la investigación que otorgan un interés añadido al yacimiento y advierten de la posibilidad de que en ulteriores campañas se puedan documentar estructuras, contextos inalterados o materiales más elocuentes que arrojen nueva luz sobre la entidad o funcionalidad de estas ocupaciones.

### 3. UN CONTEXTO TIPO DE FINALES DEL SIGLO II A. C.

Para este avance se ha seleccionado un conjunto de unidades estratigráficas de finales del siglo II a. C. correspondientes a la fase 1A, el último momento de ocupación del *oppidum* turdetano antes de su abandono definitivo. La selección se ha realizado siguiendo tres criterios: la posición estratigráfica, buscando unidades relacionadas claramente con los niveles de uso y amortización de esta fase; el tamaño de la muestra, es decir, las unidades que ofrecían un mayor número de individuos; y la coherencia de la misma, evitando las unidades más alteradas por los procesos postdeposicionales o contaminadas con intrusiones. El contexto resultante está formado por cuatro unidades estratigráficas parcialmente superpuestas (Fig. 2, abajo):

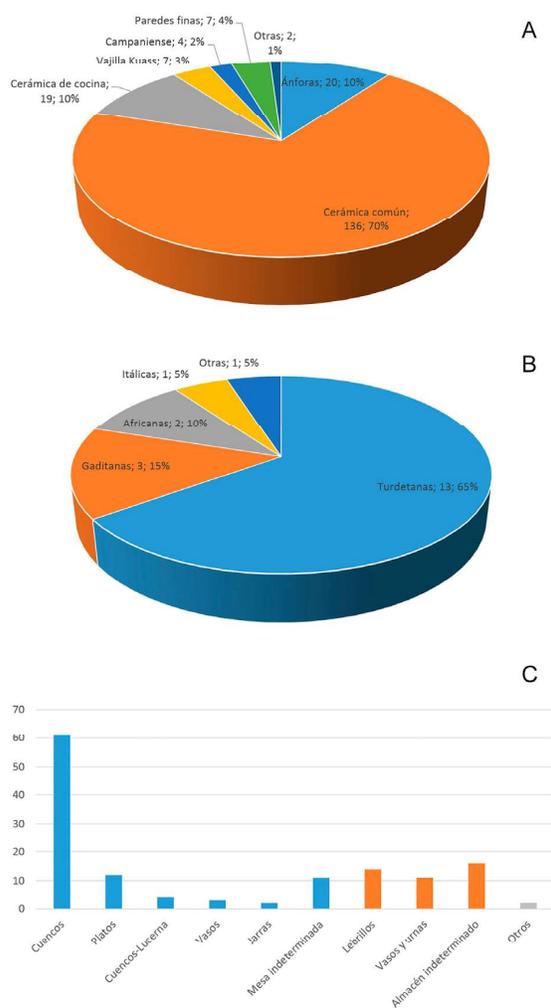
- UE 10016: se trata de un pavimento de cantos rodados de pequeño y mediano tamaño unidos con barro y asociado a un pequeño hogar de forma circular (UE 10020). Conformar una superficie irregular de unos 8,20 m<sup>2</sup> aproximadamente en su parte excavada, con los bordes discontinuos debido al deterioro provocado por las raíces de los olivos o la acción del arado, ya que se encuentra apenas entre 25 y 35 cm de profundidad con respecto a la superficie del cerro.
- UE 10029: depósito de tierra arcillosa con abundantes residuos domésticos (cerámicas, metales, restos faunísticos, cenizas y carbones) y restos de producción de vidrio procedentes de una instalación artesanal próxima (escorias, fragmentos de materia prima, etc.). Se sitúa junto al pavimento UE 10016, prácticamente a la misma cota, y se ha interpretado como un nivel de deposición lenta asociado al uso de este espacio productivo en su última fase.

- UE 10011: depósito de tierra arcillo-limoso con una gran cantidad de restos, en su mayoría cerámicos, que se superpone parcialmente a las UUEE 10016 y 10029. Se ha relacionado con el momento de abandono de la fase 1A tanto por su posición estratigráfica, previa a la definitiva amortización de las estructuras (UE 10010), como por el estado de conservación de los materiales, que parecen haberse dejado prácticamente *in situ*.
- UE 10011/10029: nivel de transición entre el depósito UE 10029 y el nivel de abandono UE 10011 que se ha diferenciado en algunos puntos donde resulta difícil distinguir los restos que conforman la matriz del primero y los materiales del segundo.

Este contexto ha arrojado un total de 195 recipientes cerámicos individualizables<sup>1</sup>: 11 formando parte del enchado UE 10016 o adheridos a su superficie; 99 procedentes de la UE 10029; 14 de la UE 10011/10029; y un total de 71 de la UE 10011. En general, están representadas casi todas las familias cerámicas consumidas en la región en este periodo, a excepción de algunas producciones importadas minoritarias, como los boles megáricos o los *kalathoi* ibéricos, que suelen aparecer esporádicamente en contextos de la misma cronología; o bien determinados tipos o procedencias en el caso de las ánforas, como las Lamb. 2 brindisinas o las T-9.1.1.1 gaditanas, que sí encontramos en otros niveles del mismo yacimiento, tanto en el corte 1 como en el V-20 de 1976 (Pellicer *et alii* 1983: figs. 17-22).

Más interesante que estas ausencias, es el peso cuantitativo de las distintas familias y las formas o procedencias presentes en cada una de ellas, que permite dibujar un retrato robot de las pautas de consumo de las poblaciones que habitaban en este núcleo portuario en los momentos previos a las grandes transformaciones que se suceden en el ámbito provincial durante el último siglo de la República (Fig. 3: A). Para empezar, destacamos el enorme predominio de la cerámica común con 136 individuos (un 70%), más de dos tercios del total del universo de la muestra, frente a los 20 ejemplares de ánforas (10%), los 19 de producciones de cocina (10%), los 18 de la vajilla de mesa fina (9%) y otras formas marginales (1%). La vajilla fina está compues-

<sup>1</sup> El NMI se ha calculado a partir de los bordes, fondos/bases y asas de ejemplares distintos, teniendo en cuenta la familia o clase cerámica, características tecnológicas, rasgos morfológicos y pasta cerámica. Solo se han usado los fragmentos atípicos a efectos cuantitativos en algunas producciones minoritarias en donde era posible distinguirlos de los individuos representados por las formas diagnosticables, como la cerámica tipo Kuass, la vajilla de barniz negro itálico o algunas clases anfóricas.



**Figura 3.** Proporción de las diferentes familias cerámicas registradas en el contexto estudiado a partir del NMI (A); proporción de los diferentes grupos anfóricos registrados en el contexto estudiado, según su procedencia, a partir del NMI (B); proporción de las principales formas de cerámica común presentes en el contexto estudiado a partir del NMI (C).

ta, a su vez, por tres clases cerámicas principales con una presencia variable, pero en todo caso minoritaria, en comparación con el resto de la muestra: la cerámica de engobe rojo tipo Kuass, con 7 individuos, (3%), la vajilla de barniz negro itálico con 4 (2%) y la cerámica de paredes finas con 7 (4%).

### 3.1. Las ánforas

Aquí debemos distinguir las producciones regionales de las importaciones extrapeninsulares, aunque en algunos casos resulta difícil su clasificación por el grado de conservación de los fragmentos (Fig. 3: B).

A Las primeras están representadas sobre todo por los envases turdetanos, con al menos 13 individuos (un 65%). Destaca, como suele ser habitual en los contextos de esta época (García Fernández y García Vargas 2010: 117-118), la forma D de Pellicer, con 9 individuos, entre bordes, fondos y algunas asas que se podrían asociar con cierta seguridad a este tipo (Fig. 4: 5-6, 8-12), a los que se suman dos ejemplares de la variante de bordes indiferenciados y tendencia horizontal denominada Castro Marim 1 (Fig. 4: 7) y otras dos asas de difícil clasificación (Fig. 4: 13). Le siguen las producciones de procedencia púnico-gaditana (15%), con dos ejemplares del grupo 7.4.0.0 de Ramon, un borde y un fragmento de cuerpo respectivamente (Fig. 4: 1), y otro de la serie 12.0.0.0, en este caso la parte correspondiente a los hombros, que no desentonan con la cronología propuesta de finales del siglo II a. C. (Sáez Romero 2008b: *passim*).

Por lo que respecta a las ánforas importadas (20%), contamos con un borde y un asa pertenecientes a dos ejemplares de Africana Antigua (Fig. 4: 2-3), con la característica pasta tripolitana, y el fondo de otra ánfora tardopúnica, en este caso de posible procedencia siciliana, que podríamos relacionar con las denominadas “ánforas tubulares” (Fig. 4: 4), cuya producción se extiende también entre mediados del siglo II e inicios del I a. C. (Botte 2012: *passim*). Por último, completa el elenco un borde muy rodado de Dressel 1 de procedencia campana.

### 3.2. La cerámica común

Constituye, como se acaba de decir, la familia cerámica más numerosa, cubriendo la mayor parte de las necesidades de sus usuarios: almacenamiento, servicio y consumo de alimentos, iluminación, etc. De los 136 ejemplares individualizados (Fig. 3: C), dos tercios (93 individuos, 68% de la muestra) corresponden a formas de mesa, mientras que el resto puede clasificarse dentro de las formas de almacén (41 individuos, 30%), salvo algunos especímenes indeterminados (2 individuos, 1%), lo que suele ser la proporción habitual en los contextos domésticos del valle del Guadalquivir, especialmente en los momentos terminales de la Edad del Hierro, como se puede comprobar también en los mismos niveles del corte V-20 de 1976 (Pellicer *et alii* 1983: figs. 17-22).

Dentro de las formas de mesa sobresalen visiblemente los cuencos, con 61 individuos (un 45% del total de

las producciones comunes). Reproducen con pocas diferencias los mismos tamaños y perfiles hemisféricos o de cuarto de esfera de sus predecesores protohistóricos, con bases simples o indicadas y bordes indiferenciados, apuntados o engrosados, siendo este el único atributo que ofrece cierta variabilidad entre unos ejemplares y otros, ya que en estas fechas los cuencos suelen carecer de decoración pintada (Fig. 5: 1-12). Están presentes casi todas las variantes descritas por Escacena Carrasco (1987), aunque se observa una clara tendencia a la simplificación, con bordes indiferenciados, a veces aplanados, ligeramente engrosados al exterior o entrantes (I-A, I-C, I-D y I-E/H respectivamente). A ellos cabe añadir otro tipo de cuencos, de menor tamaño y bordes también entrantes, interpretados comúnmente como lucernas (Escacena VI), representados en este caso por 4 individuos (3%) (Fig. 5: 19, 24-25). La siguiente forma en número de individuos son los platos, con un total de 12 (9%), manteniendo una relación de 1 a 5 con respecto a los cuencos. Muestran la misma variabilidad que estos últimos (Fig. 5: 13-18), si bien son más frecuentes los ejemplares de labios vueltos y curvos (Escacena II-E/G) o ligeramente caídos formando una pestaña (Escacena II-B), que son los genuinamente turdetanos, frente a los denominados platos de pescado, tanto de tradición griega (Escacena II-C), con el labio desarrollado y caído casi en vertical, como de tradición púnica (Escacena II-D), de labios indiferenciados y tendencia horizontal (véase Ferrer y García 2008: 208).

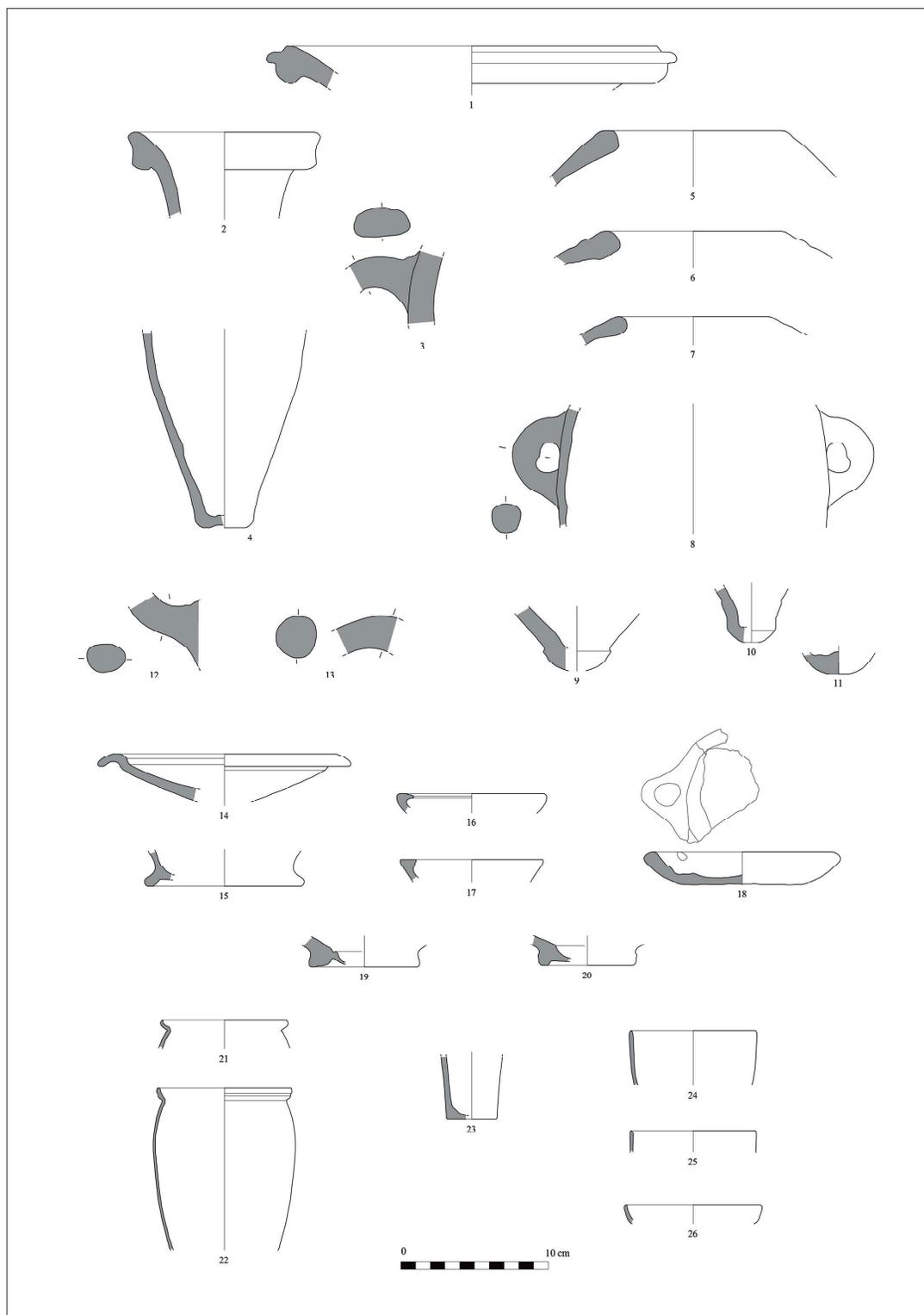
Completan el repertorio de mesa los vasos de perfil en S (Escacena VII), interpretados generalmente como “vasos para beber” (3 individuos, 2%) (Fig. 5: 21-23), las jarras (2 individuos, 2%) (Fig. 5: 20) y las formas indeterminadas (11 individuos, 8%), que reúnen las bases de los recipientes abiertos y de otras formas de mesa no diagnosticables (Fig. 5: 26). Entre las primeras destacan, por su singularidad, las jarras, un elemento ajeno al servicio de mesa turdetano que aparece esporádicamente en algunos contextos de finales de la Edad del Hierro y, sobre todo, durante los primeros siglos de la presencia romana, dentro del proceso de helenización de las pautas de consumo que se produce en estas comunidades a través de la influencia púnica (García Fernández y García Vargas 2010: 126-129; García Fernández 2014: 222). Los prototipos hay que buscarlos en las producciones gaditanas de finales del siglo III y el II a. C. clasificados en la forma 10.0.0 (Sáez Romero 2008a: 645-648, fig. 37), que anteceden a las versiones plenamente romanizadas de finales del siglo I a. C.

(Peinado Espinosa 2017: 121-124, figs. 4 y 5), aunque el estado fragmentario de los ejemplares registrados en este contexto (un fondo y un asa) no permite asociarlos a un tipo concreto.

En cuanto a las formas de almacenamiento, conviene establecer una distinción funcional entre los lebrillos (Escacena IV), un recipiente abierto que juega probablemente un papel a medio camino entre la conservación, la preparación y el servicio de alimentos, y los vasos cerrados, destinados prioritariamente a la despensa (García Fernández y García Vargas 2010: 123). Por lo que respecta a los primeros, se han cuantificado 14 ejemplares (un 10% del total de las producciones comunes) (Fig. 5: 27-28; Fig 6: 1-3), con los perfiles evolucionados (bordes más anchos de sección oval o cuadrangular, a veces con una pestaña pronunciada) que caracterizan a las variantes más tardías, de época romano-republicana (Ferrer y García 2008: 208-211). Los recipientes cerrados constituyen un elenco discreto (11 individuos, 8%) formado principalmente por urnas globulares u ovoides de cuello corto, boca más o menos estrecha y labios diferenciados, con o sin asas (Escacena VIII/XVI y IX respectivamente) (Fig. 6: 4-7), y por vasos de tendencia globular o bitroncocónica con el cuello acampanado, boca ancha y labios exvasados (Escacena XII), derivados de los antiguos vasos *à chardon* de la I Edad del Hierro (Fig. 6: 8-12). En ambos casos la decoración se limita a la parte exterior del borde, que queda cubierto con una banda de color rojizo o simplemente marcado con un filete estrecho de tonalidad más diluida, como corresponde a las versiones más tardías, aunque las urnas del primer tipo pueden llevar además varias líneas paralelas en los tercios superior, central y/o inferior del recipiente. A ellos hay que sumar las formas de almacén indeterminadas, compuestas por dos bordes y varias bases de recipientes de gran formato (16 individuos, 12%) que apenas aportan información cronotipológica al conjunto, aunque sí de carácter funcional.

### 3.3. La cerámica de cocina

La cerámica de cocina supone el 10% del total de la muestra, con 19 individuos, estando compuesta exclusivamente por recipientes de fuego, ya que no se han documentado morteros u otros elementos relacionados con la preparación en frío de alimentos, que sí encontramos en otros contextos coetáneos, incluso del mismo yacimiento (Pellicer *et alii* 1983: *passim*). La forma mayoritaria son las ollas y las marmitas de tradición local,



**Figura 4.** Ánforas: púnico-centromediterráneas (2-4), púnico-gaditanas (1), turdetanas (5-13). Vajilla de barniz negro: campaniense A (14), imitación (15). Vajilla tipo Kuass (16-20). Cerámica de paredes finas (21-26).

con 13 individuos, a las que siguen las cazuelas con borde ranurado (3 individuos) y los platos-tapadera (3 individuos). De estos últimos solo se han individualizado aquellos ejemplares elaborados claramente con pasta de cocina, caracterizada por su cocción en ambiente reductor y la presencia de desgrasantes refractarios de tamaño medio (Fig. 6: 24-25), aunque no se puede descartar la posibilidad de que cuencos de la misma forma, pero realizados en cerámica común, hubieran cumplido eventualmente este cometido.

En el caso de las ollas, se pueden distinguir los ejemplares de pequeño formato, boca estrecha, separada del cuerpo por un ligero estrangulamiento, y borde saliente o engrosado al exterior, que responden a los prototipos locales de la II Edad del Hierro (Fig. 6: 13-15), de aquellos que presentan un mayor diámetro de boca, cuello alto y cilíndrico, bordes vueltos y ligeramente engrosados, a veces con tendencia horizontal, más próximos a las producciones contemporáneas de los talleres de la *Gadir* púnica, agrupadas genéricamente en la forma 12.0.0 (Sáez Romero 2008a: 654-659, figs. 40 y 41). Ya se trate de importaciones o bien de manufacturas locales inspiradas en los prototipos gaditanos, dentro de este grupo parecen convivir ollas de mayor tamaño, adscribibles a los tipos GDR 12.1.2 y 12.3.2 (Fig. 6: 20-22), con otras más pequeñas, análogas al tipo GDR 12.4.1 (Fig. 6: 19). Esta situación -la coexistencia de series de distinto formato- sería extrapolable también al repertorio de cocina local (García Fernández y García Vargas 2010: 124, fig. 7; García y Sáez 2014: 118, fig. 2), como se observa en el conjunto documentado en el nivel 5 del corte V-20 de Cerro Macareno, fechado a finales del siglo III a. C. (Pellicer *et alii* 1983: fig. 24).

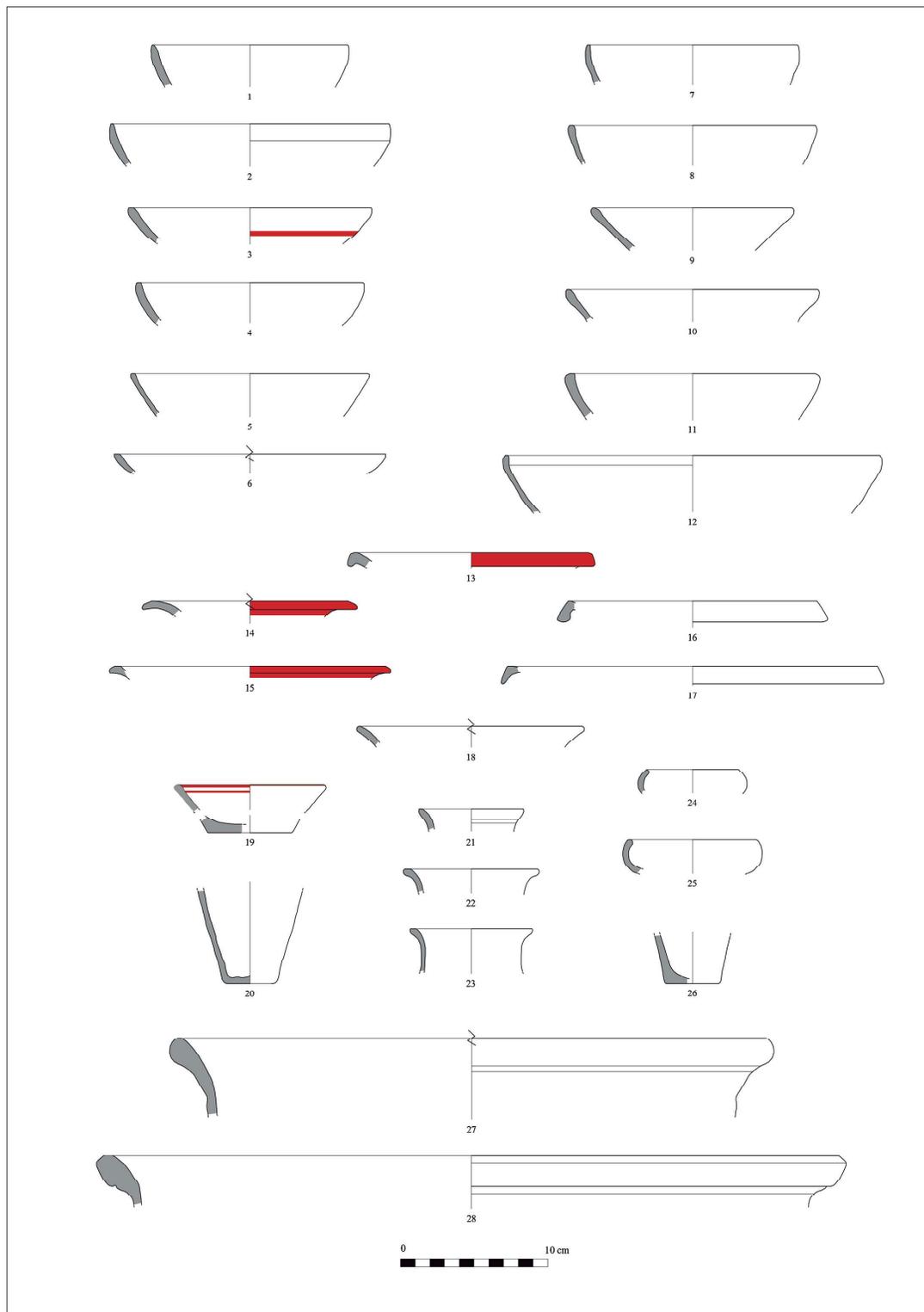
La misma procedencia -o inspiración- púnico-gaditana podemos atribuir a algunos bordes provistos de solero para el apoyo de una tapadera, probablemente pertenecientes a los recipientes para fuego más bajos y abiertos, clasificados genéricamente como cazuelas (Sáez Romero 2008a: 651-654, figs. 38 y 39). En esta ocasión se trata de un elemento morfológica y funcionalmente nuevo en el interior de Turdetania, ausente en los contextos domésticos anteriores a la ocupación bárbara y aún muy escaso en los niveles del siglo II a. C. (García Fernández y García Vargas 2010: 124, fig. 8; García y Sáez 2014: 120-121, fig. 2). De hecho, en el Bajo Guadalquivir solo se tenía constancia segura hasta el momento de un único ejemplar documentado en las excavaciones realizadas en la calle Abades 41-43 de Sevilla, correspondiente al tipo GDR 11.1.0 (García

y Ferrer 2011: 352, Abb. 9), así como de otros posibles especímenes hallados de nuevo en el corte V-20 de Cerro Macareno (Pellicer *et alii* 1983: fig. 19), procedentes en ambos casos de contextos de finales del siglo II a. C. El estado fragmentario de los tres individuos registrados en las unidades aquí estudiadas no permite adscribirlos con precisión a un tipo concreto, aunque el reducido diámetro de los bordes y la tendencia vertical de las paredes podrían aproximarlos a las variantes de menor formato del tipo GDR 11.3.0 o incluso a las denominadas cazuelas-ollas del tipo GDR 11.5.0 (Fig. 6: 16-18).

### 3.4. La vajilla importada

En este apartado reunimos tanto a las cerámicas de mesa importadas propiamente dichas como a las versiones locales que imitan deliberadamente estas producciones. Comenzando por la vajilla de tradición púnico-gaditana e inspiración ática, dentro de los 7 ejemplares de cerámica tipo Kuass cuantificados se han podido identificar claramente dos bases anulares de plato de pescado de la forma II de Niveau de Villedary, con el característico pocillo central (Fig. 4: 19-20), y tres bordes de lucerna de la forma XVI, uno de ellos bastante completo (Fig. 4: 16-18), además de otros dos fragmentos inclasificables. Se trata en los primeros casos de formas bien documentadas en el interior del valle del Guadalquivir, algunas de las cuales podrían corresponder incluso a manufacturas locales, a juzgar por las características de la pasta y calidad del barniz (véase Moreno Megías 2014: *passim*; Moreno Megías 2016: 139-149, Anexo 1). Es más, no podemos descartar la posibilidad de que algunos individuos clasificados dentro de las producciones comunes de mesa, especialmente los platos de pescado de la variante II-C de Escacena (Fig. 5: 16-17), fueran en realidad imitaciones de prototipos gaditanos que han perdido el revestimiento exterior o simplemente reproduzcan en cerámica común formas que se habían generalizado ya en sus versiones originales engobadas (García Fernández 2014: 214-215), hecho que se ha constatado también en la propia *Gadir* (Sáez Romero 2014: *passim*).

Por su parte, la vajilla de barniz negro itálico está representada por dos fragmentos indeterminados, uno de la clase A y otro atribuible al círculo de las B, y por dos formas reconocibles: un borde de plato Lamb. 36 en campaniense A (Fig. 4: 14) y una base, probablemente de imitación local -pues ha perdido



**Figura 5.** Cerámica común: cuencos (1-12), platos (13-18), cuencos-lucerna (19, 24-25), vasos (21-23), jarras (20, 26), lebrillos (27-28).

el revestimiento-, que podría asimilarse a la forma Lamb. 3 de la campaniense B (Fig. 4: 15). Ciertamente resulta un elenco exiguo, incluso sumando el resto de los individuos registrados en el sector excavado del corte 1, si lo comparamos con el volumen de piezas proporcionadas por los niveles superiores del vecino corte V-20, con 55 fragmentos y una gran variedad de formas de ambas clases importadas (Pellicer *et alii* 1983: 97, fig. 106). No ocurre lo mismo con la cerámica de paredes finas, donde el número de formas diagnosticables asciende a 7, sin mencionar algunas posibles imitaciones clasificadas dentro de las producciones comunes. Contamos con dos bordes y una base que podemos adscribir a cubiletes las formas Mayet I-III (Fig. 4: 21-23), dos posibles bordes de las formas Mayet XII-XIV (Fig. 4: 24-25) y otros dos fragmentos de borde y base, en este caso indeterminados (Fig. 4: 26). Conforman el repertorio habitual en los contextos romano-republicanos de la Baja Andalucía, especialmente las primeras (García Fernández y García Vargas 2010: 129, fig. 10), aunque no se ha podido determinar su procedencia exacta.

#### 4. DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

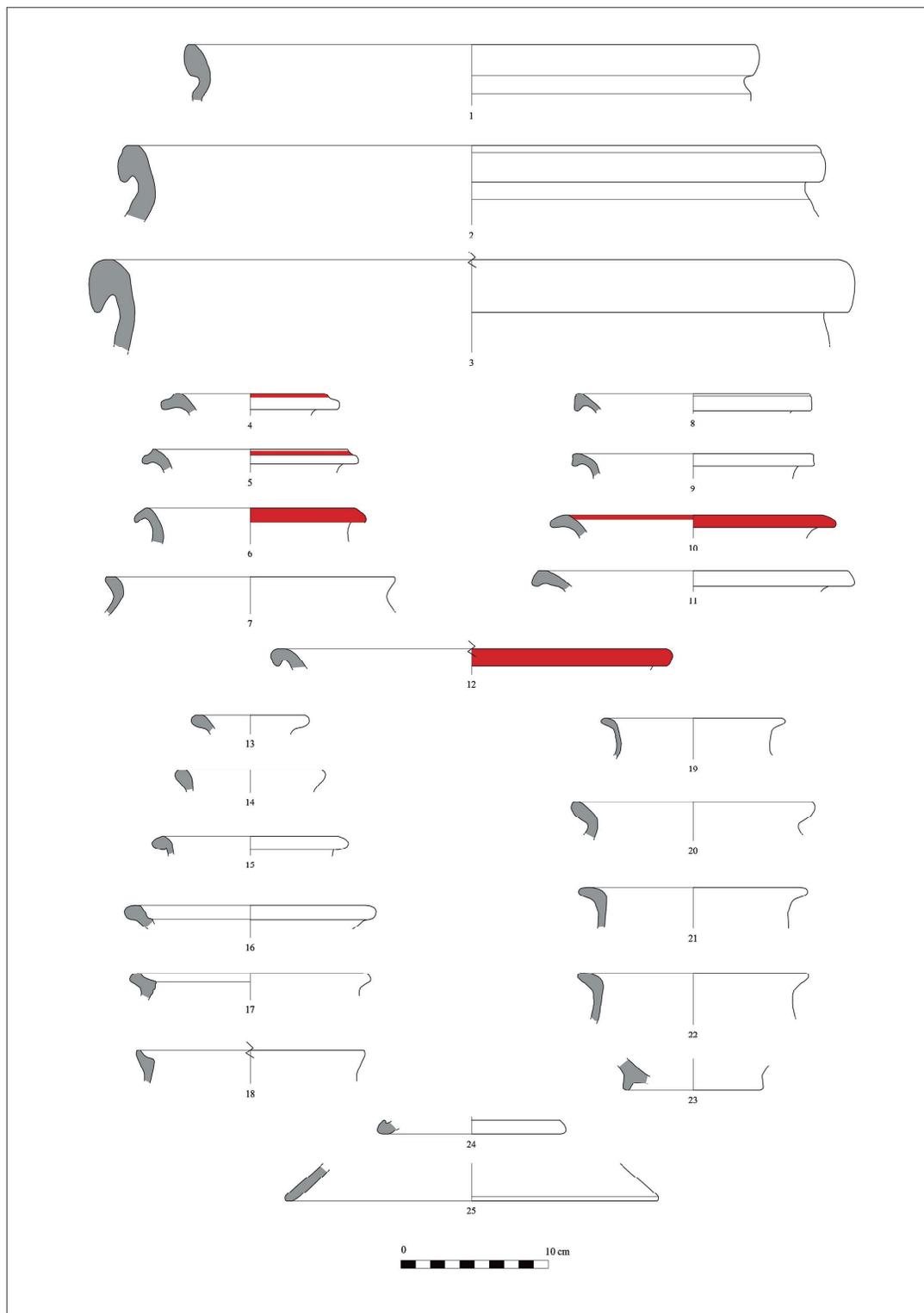
En general, el contexto cerámico estudiado es muy similar al documentado en los niveles superiores del corte V-20 de 1976, fechado también a finales del siglo II a. C. (Pellicer *et alii* 1983), tanto en lo que se refiere a las familias cerámicas representadas como al peso cuantitativo de cada una de ellas y su composición a nivel tipológico. Las únicas diferencias que merece la pena señalar se refieren a la menor proporción de importaciones itálicas, tanto ánforas como vajilla de barniz negro, así como la ausencia de algunas producciones anfóricas de origen gaditano, especialmente los envases salazoneros T-8.2.1.1 o T-9.1.1.1 (Ramon Torres 1995), que sí comparecen en otras unidades del corte 1. Asimismo, muestra una gran sintonía con otros contextos coetáneos, como los registrados a lo largo de las últimas décadas en Alcalá del Río (Ferrer y García 2007), Sevilla (García y González 2007; García Vargas y García Fernández 2009; García y Ferrer 2011) o Coria del Río (en general, Escacena *et alii* 2018; véase también Ferrer *et alii* 2010)

La impresión general que se desprende de dichos contextos pone de relieve, por un lado, el enorme dinamismo económico de los emporios fluviales del Bajo

Guadalquivir, que lejos de decaer parece potenciarse tras la conquista romana. Estos se sitúan en el epicentro de las principales rutas que drenan los recursos agropecuarios o mineros de la región hacia los mercados mediterráneos y sirven, a su vez, de puerta de entrada a productos e influencias de distinto origen catalizados, generalmente, por la metrópolis gadirita, que sigue ejerciendo como principal interlocutor comercial de estos centros portuarios del interior turdetano (Ferrer *et alii* 2010: 82). Prueba de ello es la asidua arribada de ánforas de procedencia suditalica, norteafricana e incluso siciliana -como el ejemplar presentado líneas arriba-, que se suman ahora a los envases de transporte regionales, turdetanos y púnico-gaditanos, evidentemente mayoritarios en términos cuantitativos, o la introducción de nuevas producciones de mesa, como la vajilla de barniz negro itálico o la cerámica de paredes finas, que tendrán un éxito creciente -aunque variable- en los contextos domésticos. Por otro lado, los patrones de consumo revelan de nuevo la personalidad de las poblaciones que habitaban en el valle bético a finales de la Edad del Hierro y su particular respuesta al proceso de romanización (García Fernández y García Vargas 2010; García Fernández 2012), especialmente en los primeros 100 ó 125 años de presencia romana y hasta el inicio de los conflictos civiles.

Esta personalidad se refleja en el predominio de las producciones cerámicas de tradición turdetana, que aún continuarán abarcando la mayor parte del elenco doméstico hasta momentos avanzados del siglo I a. C. (García Fernández y García Vargas 2010: *passim*). Ello se hace extensivo a la composición de las distintas familias (cerámica de cocina, almacenamiento y mesa), que reproducen con pocas variaciones los mismos conjuntos que encontramos en los contextos de hábitat desde al menos finales del siglo V a. C. (Ferrer y García 2008). Salvo la incorporación de algunos atributos formales y la aparición puntual de nuevos recipientes, asociados generalmente a la introducción de nuevas prácticas culinarias, no se aprecian grandes cambios en la composición de estos repertorios.

En el caso de la vajilla de mesa registrada en las unidades estudiadas, estos cambios se limitan a la generalización de los platos de pescado de inspiración ática, que ya habían comenzado a circular en la centuria anterior, especialmente a través de las versiones engobadas tipo Kuass, y a la aparición de las jarras de tipología púnico-gaditana (García Fernández 2014). Estas sí suponen una innovación sustancial en la forma de servir las



**Figura 6.** Cerámica común: lebrillos (1-3), vasos y urnas (4-12). Cerámica de cocina: ollas (13-15, 19-23), cazuelas (16-18), platos-tapadera (24-25).

bebidas, por cuanto no suelen documentarse en contextos anteriores al siglo III a. C., trasluciendo una cierta permeabilidad a las modas mediterráneas. No obstante, si observamos en su globalidad la relación de la cerámica común con las vajillas importadas podemos comprobar cómo el impacto de estas últimas en las mesas turdetanas era aún limitado en estos momentos, tanto por su reducido peso cuantitativo como por el carácter selectivo de la demanda, que muestra una clara preferencia por formas análogas a las que ya se modelaban en los repertorios tradicionales (común y tipo Kuass), dando lugar a los mismos sets de cuencos, platos de pescado y vasos que se venían usando secularmente en la región (García Fernández y García Vargas 2010: 131; García y Sáez 2014: 121-122; véase García Fernández 2012: 725 ss.).

Por lo que respecta a la cerámica de cocina, el panorama no es muy distinto. La mayor parte del menaje exhumado está compuesto por ollas globulares de distinto formato, tanto de tradición local como de tipología gaditana, asociadas invariablemente a una de las formas más comunes de preparar en caliente los alimentos, mediante cocciones más o menos largas. Sin embargo, el comercio púnico favorece también la llegada de cazuelas de borde ranurado, que sí son un síntoma de cambio en los hábitos culinarios, ya que está relacionada con la introducción de nuevas elaboraciones, como la fritura o la cocción con poca agua (García Fernández y García Vargas 2010: 131; García y Sáez 2014: 122; véase García Fernández 2012: 725 ss.), que habían comenzado a extenderse por el Mediterráneo centro-occidental en las centurias anteriores (Guerrero Ayuso 1995: *passim*).

En general, la imagen proyectada por este contexto es una foto fija del proceso de transformación de las comunidades locales del Bajo Guadalquivir, que comienza a acelerarse precisamente en el tránsito entre los siglos II y I a. C. Un periodo de cambios que en el ámbito doméstico va a estar marcado por una progresiva helenización del gusto, primero a través del filtro púnico y posteriormente itálico, a medida que Roma va consolidando su influencia -no solo política, sino también social y cultural- en la región. Sin embargo, esta incipiente “romanización” en los ámbitos de la cocina y la mesa no empieza a ser evidente hasta las décadas inmediatamente posteriores, cuando se asiste a la llegada masiva de la vajilla de barniz negro (encabezada ahora por las producciones del círculo de la campaniense B) y de los vasos de paredes finas, así como al

inicio de las imitaciones locales de aquellas, que ya se había producido previamente en el elenco formal de la cerámica tipo Kuass; comienza a extenderse el uso de la cerámica de cocina itálica, lo que refleja la aceptación de los nuevos hábitos culinarios introducidos años atrás; y se va configurando poco a poco el repertorio anfórico provincial, que acabará sustituyendo a las producciones de tradición fenicio-púnica, tanto en la costa como en el interior de Turdetania.

## BIBLIOGRAFÍA

- Botte, E. 2012: “L’exportation du thon sicilien à l’époque tardo-républicaine”, *Mélanges de l’École Française de Rome, Antiquité* 124-2, 577-612.
- Escacena Carrasco, J. L. 1987: *Cerámicas a torno pintadas andaluzas de la segunda Edad del Hierro*, Tesis Doctoral microfilmada, Universidad de Cádiz.
- Escacena Carrasco, J. L., Gómez Peña, A. y Pérez Aguilar, L.G. (coord.) 2018: *Caura. Arqueología en el estuario del Guadalquivir*, Spal Monografías XXVI, Sevilla.
- Fernández Gómez, F., Chasco Vila, R. y Oliva Alonso, D. 1979: “Excavaciones en ‘El Cerro Macareno’. La Rinconada. Sevilla (Cortes E-F-G. Campaña 1974)”, *Noticiario Arqueológico Hispánico* 7, 7-93.
- Ferrer Albelda, E. y García Fernández, F. J. 2007: “Primeros datos sobre la Ilipa turdetana”, en E. Ferrer, A. Fernández, J.L. Escacena y A. Rodríguez (eds.): *Ilipa Antiqua. De la prehistoria a la época romana*, Sevilla, 103-130.
- Ferrer Albelda, E. y García Fernández, F. J. 2008: “Cerámica turdetana”, en D. Bernal y A. Ribera (coords.): *Cerámicas hispanorromanas: un estado de la cuestión*, Cádiz, 201-219.
- Ferrer Albelda, E., García Fernández, F. J. y Escacena Carrasco, J.L. 2010: “El tráfico comercial de productos púnicos en el antiguo estuario del Guadalquivir”, *Mainake* XXXII (1), 61-89.
- García Fernández, F.J. 2012: “Tartessos, túrdulos, turdetanos. Realidad y ficción de la homogeneidad étnica de la Bética romana”, en J. Santos, G. Cruz, M. Fernández y L. Sánchez (coords.): *Romanización, fronteras y etnias en la Roma antigua: el caso hispano*, Revisión de Historia Antigua VII, Vitoria, 691-734.
- García Fernández, F. J. 2014: “El peso de la tradición: imitación y adaptación de formas helenísticas en la cerámica común turdetana (siglos V-I a. C.)”, en F. J. García Fernández y E. García Vargas (coords.): *Comer a la Moda. Imitaciones de vajilla de mesa en Turdetania y la Bética Occidental durante la Antigüedad (s. VI a. C. – VI d. C.)*, Col.lecció Instrumenta 46, Barcelona, 205-237.

- García Fernández, F. J. 2020: "Cerro Macareno (La Rinconada, Sevilla): nuevos datos sobre su secuencia de ocupación y rasgos constructivos", *Spal* 29.1, 93-127.
- García Fernández, F. J. y Del Espino Hidalgo, B. 2019: "Doce yacimientos para el conocimiento del 'Reino de Tartessos'. El Decreto 3833/1973: biografía de una declaración no consumada", *Lvcentvm* 38, 89-110.
- García Fernández, F. J. y Ferrer Albelda, E. 2011: "Das turdetanische Emporium Spal. Der punische Handelsverkehr im vorrömischen Sevilla (5. – 2. Jahrhundert v. Chr.)", *Madrider Mitteilungen* 52, 333-372.
- García Fernández, F. J. y García Vargas, E. 2010: "Entre gaditanización y romanización: repertorios cerámicos, alimentación e integración cultural en Turdetania (siglos III-I a. C.)", en C. Mata, G. Pérez y J. Vives-Ferrández (eds.): *De la cuina a la taula. IV Reunió d'Economia en el Primer Mil·lenni a. C., Sagvntvm* Extra-9, Valencia, 115-134.
- García Fernández, F. J. y González Acuña, D. 2007: "Secuencias estratigráficas y contextos culturales de la Sevilla prerromana", en M. Bendala y M. Belén (eds.): *Actas del V Congreso de Historia de Carmona. El nacimiento de la ciudad: la Carmona protohistórica*, Carmona, 525-566.
- García Fernández, F. J. y Rodríguez Achútegui, M. (2019): "Patrimonio arqueológico y desarrollo local en La Rinconada (Sevilla)", *Revista PH* 97, 160-162.
- García Fernández, F. J. y Sáez Romero, A.M. 2014: "Influencias de tradición helenística y centromediterránea en las producciones comunes del área turdetana", en R. Morais, A. Fernández, M<sup>a</sup>. J. Sousa (eds.): *As produções cerâmicas de imitação na Hispania*, Monografías Ex Officina Hispana II (1), Porto, 109-124.
- García Fernández, F. J., Albuquerque, P. y Guillén Rodríguez, L. 2020: "Cerro Macareno (La Rinconada, Sevilla): nuevas investigaciones en un yacimiento paradigmático del Guadalquivir protohistórico", en S. Celestino y E. Rodríguez (coords.): *Actas del IX Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*, MYTRA 5, Mérida.
- García Vargas, E. y García Fernández, F. J. 2009: "Romanización y consumo: cambios y continuidades en los contextos cerámicos de Hispalis en épocas turdetana y romano-republicana", *Spal* 18, 121-155.
- González García, F., González Vilches, M<sup>a</sup>.C. y García Ramos, G. 1985: "Productos de alfarería de Cerro Macareno (Sevilla): naturaleza y procedencia de las ánforas y otros objetos cerámicos. Siglos VIII a III a.J.C.", *Noticiero Arqueológico Hispánico* 21, 157-174.
- Guerrero Ayuso, V.M. 1995: "La vajilla púnica de usos culinarios", *Rivista di Studi Fenici* XXIII (1), 61-99.
- Jiménez Sancho, A. 2010: "Prospección Arqueológica Superficial en sectores urbanizables. P.G.O.U. de La Rinconada (Sevilla)", *Anuario Arqueológico de Andalucía* 2006, 3797-3809.
- Martín de la Cruz, J.C. 1976: "El corte F del Cerro Macareno. La Rinconada (Sevilla)", *Cuadernos Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid* 3, 9-31.
- Moreno Megías, V. 2014: "Formas que cambian, engobes que permanecen. Una visión diacrónica de las imitaciones de vajilla de tipo Kuass en el Valle del Guadalquivir", en F. J. García Fernández y E. García Vargas (coords.): *Comer a la Moda. Imitaciones de vajilla de mesa en Turdetania y la Bética Occidental durante la Antigüedad (s. VI a. C. – VI d. C.)*, Col.lecció Instrumenta 46, Barcelona, 175-203.
- Moreno Megías, V. 2016: *La influencia púnica en las mesas turdetanas. Cerámica de tipo Kuass en el Bajo Valle del Guadalquivir*, Sevilla.
- Peinado Espinosa, M<sup>a</sup>.V. 2017: "Cerámicas comunes romanas producidas en la Bética", en C. Fernández, A. Morillo y M. Zarzalejos (coords.): *Manual de cerámica romana III. Cerámicas romanas de época altoimperial III: Cerámica común de mesa, cocina y almacenaje. Imitaciones hispanas de series romanas. Otras producciones*, Alcalá de Henares, 97-141.
- Pellicer Catalán, M. 1978: "Tipología y cronología de las ánforas prerromanas del Guadalquivir, según el Cerro Macareno (Sevilla)", *Habis* 9, 365-400.
- Pellicer Catalán, M. 1982: "Las cerámicas del mundo fenicio en el Bajo Guadalquivir: evolución y cronología según el Cerro Macareno (Sevilla)", en *Phöinizier im Westen*, Madrider Beiträge 8, Mainz am Rhein, 371-406.
- Pellicer Catalán, M., Bendala Galán, M. y Escacena Carrasco, J.L. 1983: *El Cerro Macareno*, Excavaciones Arqueológicas en España 124, Madrid.
- Ramón Torres, J. 1995: *Las ánforas fenicio-púnicas del Mediterráneo Central y Occidental*, Col.lecció Instrumenta 2, Barcelona.
- Ruiz Mata, D. y Córdoba Alonso, I. 1999: "Los hornos turdetanos del Cerro Macareno. Cortes H. I y H.II", en *XXIV Congreso Nacional de Arqueología*, Cartagena, 95-105.
- Ruiz Mata, D. y Vallejo Sánchez, J.I. 2002: "Continuidad y cambio durante el siglo VI a. C. Las cerámicas del Corte C del Cerro Macareno (La Rinconada, Sevilla)", *Spal* 11, 197-218.
- Sáez Romero, A.M. 2008a: *La producción cerámica en Gadir en época tardopúnica (siglos -III/-I)*, British Archaeological Report. International Series S1812, Oxford.
- Sáez Romero, A. M. 2008b: "La producción de ánforas en el área del Estrecho en época tardopúnica (siglos III-I a. C.)", en D. Bernal y A. Ribera (coords.): *Cerámicas hispanorromanas: un estado de la cuestión*, Cádiz, 635-660.

Sáez Romero, A. M. 2014: "Imitaciones en las vajillas de mesa en la bahía de Cádiz desde la transición tarsoarcaica hasta la época púnica. Actualización de los datos y nuevas propuestas", en F.J. García Fernández y E. García Vargas

(coords.): *Comer a la Moda. Imitaciones de vajilla de mesa en Turdetania y la Bética Occidental durante la Antigüedad (s. VI a. C. – VI d. C.)* Col.lecció Instrumenta 46, Barcelona, 33-77.